

EL ESPÍRITU SANTO COMO DON DEL SEÑOR GLORIFICADO

ANDRZEJ F. DZIUBA

La reflexión sobre el carácter trinitario de la resurrección nos permite comprender más profundamente la unidad del misterio pascual. La resurrección de Cristo significa al mismo tiempo la aparición del Espíritu Santo. El cumplimiento de la «economía del Hijo de Dios» llega a ser el inicio de la «economía del Espíritu». La alegría de «Pentecostés» es como un día de la Pascua de Cristo, vivido con el pensamiento de la presencia del Espíritu de Dios, el cual ya está con los hombres como «Señor y Animador». El Cristo glorificado y exaltado, que pasó por casa de su Padre, es el donador de este Espíritu.

Al contemplar la economía salvadora de Dios, hay que decir que la encarnación, la cruz y la resurrección, estaban encaminadas al misterio de la venida personal del Espíritu Santo al mundo humano, redimido por Cristo. Entre la Pascua de Cristo y el don de «Pentecostés» existe una unión indisoluble. La resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo constituyen, en realidad, un solo misterio de glorificación de Cristo que se convirtió en Donador y, en un cierto sentido, también en Gran Predecesor del «Espíritu Eterno» (He 9,14) o sea, como dice Cesáreo de Arles: «aeternus habitator, aeternitas largitor».

1. RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN

Desde sus inicios, la tradición cristiana asociaba la resurrección con la ascensión. Desde el punto de vista teológico, el misterio de la resurrección se identifica con el de la ascensión. En este género de identificación no se trata de una resurrección visible (cfr. Act 1, 9-11), sino de una elevación invisible y la glorificación por el Padre, que se produjo ya en el momento de la resurrección.

La ascensión significa y simboliza la elevación de Cristo «a la derecha de Dios». La ascensión no debe de ser concebida como un aconte-

cimiento aparte. Es uno de los aspectos del misterio de la Pascua, aunque los cristianos lo destacan particularmente. Cristo subió al cielo en el momento de su resurrección. Su triunfo invisible en el cielo se produjo en el día de la Pascua.

La resurrección y la elevación son, pues, acontecimientos simultáneos que se completan con dimensiones de la glorificación de Jesús. La idea de ascensión difiere solo lógicamente de la resurrección concebida como resucitación. La ascensión es la elevación de Cristo resucitado por su Padre (cfr. Jn 14.12,28; 16,28) como Señor del universo. Es la glorificación de Cristo, merced a la cual él fue declarado Mesías (cfr. Act 2,3,6) e «Hijo de Dios en poder» (Rom 1,4), el que puede enviar al Espíritu Santo «de parte del Padre» (Jn 15.26)¹.

En el Evangelio de Juan, sólo podemos encontrar una alusión a lo de «entrar en casa del Padre» (Jn 20,17) que precede el otorgamiento del Espíritu Santo ya en el día de la resurrección. Jesús no ha podido manifestar plenamente su gloria antes de «pasar por casa del Padre» y cumplir con la economía de la salvación (cfr. Jn 7.93; 17,1); de parte de su Padre manda al Espíritu Santo. Ninguna demora separa la resurrección de la ascensión. Son dos aspectos del mismo misterio.

Según los Evangelios de Marcos y Lucas, las apariciones de Pascua de resurrección y la ascensión tuvieron lugar el mismo día de Pascua (cfr. Mc 16,9; Lc 25,41). Sólo los Hechos de los Apóstoles separan la resurrección de la ascensión con el período de 40 días. Pero la cifra 40 es una cifra sagrada, simbólica, que significa el tiempo de la gracia y la plenitud de la experiencia pascual (cfr. Ex 24,18; 34,28; 1 Reyes 19,8).

Es imposible no darse cuenta del hecho de que Lucas pone en boca de los apóstoles los textos que contribuyen a la identificación de la resurrección y la ascensión concebida como la elevación del Hijo de Dios por su Padre y como entronización del Señor a la derecha de Dios (cfr. Act 2,32-33; 5,30-31; 13,33). Resultaría de ello que, para Lucas, no había contradicción entre la «ascensión» identificada con la resurrección y la manifestación de esa ascensión al final del período de apariciones de Cristo. Más que otros autores, Lucas acentúa la presencia corporal del Resucitado y el testimonio presencial de los apóstoles.

Los Hechos de Apóstoles nos hablan de la ascensión con que termina el período de apariciones de Jesús sobre la tierra y abre el tiempo

1. Cfr. P. BENOIT, *L'Ascension*, «Rèvue Biblique» 56 (1949) 161-203; M. CZAJKOWSKI, *Wniebowstapienie Jezusa. W: Studia z teologii sw. Lukasz. Pod red. F. Gryglewicz (Ascension de Jesús, en Estudios de la teología de San Lucas, ed. F. GRYGLEWICZ)*, Poznan 1973, pp. 59-71; H. HOLZMEISTER, *Der Tag der Himmelfahrt und Pfingsten*, «Zeitschrift für Kirchengeschichte» 66 (1954-1955) 209-253; E. SCHILLEBEECKX, *Ascension and Pentecost*, «Worship» 35 (1961) 336-363; A. GRABNER-HAIDER, *Résurrection et glorification*, «Concilium» 5 (1969) 41, 59-71.

de la Iglesia. No se puede excluir que tal presentación constituía la corrección de los ánimos escatológicos que se fortalecían en aquella época. Es un hecho que la Iglesia de los primeros tiempos del cristianismo, no mantenía la tradición que hablaba de la ascensión visible de Jesús en presencia de sus discípulos (ej. Juan Crisóstomo, Gregorio de Nisa, Amfilogo de Iconio)².

Un acontecimiento escatológico —y tal es el caso de la resurrección (ascensión)— no puede ser concebido en categorías temporales y terrestres. La plenitud escatológica de este acontecimiento puede manifestarse por un número ilimitado de apariciones del Resucitado y nunca será plenamente revelada. Las cristofanías son, en su aspecto temporal, acontecimientos diferentes, pero en realidad aparece en ellas el mismo acontecimiento escatológico.

Sucede algo similar con la distinción entre el «glorificatio in fieri» y el «glorificatio in facto esse», la cual solamente puede referirse a la forma de revelación de la gloria de Cristo en la temporalidad. Fuera del tiempo y espacio ambos aspectos de la glorificación se identifican entre sí. Aquí no hay «prius et posterius». Debido a los hombres, Él puede sin embargo, apareciéndose, revelar uno (cfr. Jn 29,17) u otro aspecto (cfr. Jn 20,19-23) del acontecimiento indivisible en sí³.

Tal vez por esto Lucas presentó en los Hechos ambas formas de exaltación no sólo entre la resurrección y la ascensión, sino también entre la ascensión y parusía. La ascensión es aquí sólo una aparición de despedida, es decir la última aparición del Resucitado, el cual vendrá en gloria de la misma manera como fue «elevado» al cielo (cfr. Act 1,11). La escena de la ascensión presentada en los Hechos de los Apóstoles, es una imagen inversa de la parusía. La nube que significa la proximidad y, al mismo tiempo, la inaccesibilidad de Dios, así como los ángeles que hablan a los hombres, subrayan la similitud entre la «desaparición» y la nueva venida de Cristo.

Para expresar el misterio de la ascensión, hay que recurrir a un lenguaje simbólico y metafórico. La Biblia se sirve del esquema de «arriba» y «abajo». Para expresar la verdad de que Cristo llegó a ser el Señor del universo, la Biblia lo presenta recorriendo abismos y cielos. Sólo la fe permite expresar la verdad de que Jesús fue hecho el Señor del uni-

2. Cfr. J. A. REIG PLA, *Año del Espíritu Santo. 1998, segundo año de preparación del Gran Jubileo*, «Palabra» 399 (diciembre 1997) 60-61; W. HUBER, *Passa una Ostern. Untersuchungen zur Osterfeier der alten Kirche*, Berlin 1969, pp. 158-165. W. HRYNIEWICZ, *Chrystus nasza Pascha. Zarys chrzescijanskiej teologii paschalnej (Cristo, nuestra Pascua. Esbozo de la teología pascual)*, vol. 1, Lublin 1982, pp. 133-179; V. LAGRANAGA, *L'ascension de notre Seigneur dans le Nouveau Testament*, Roma 1938, pp. 515-519; J.G. DAVIES, *He Ascended Into Heaven. A Study in the History of the Doctrine*, London 1958, pp. 192-198.

3. Cfr. O. CLEMENT, *Le Christ, terre des vivants*, Bégrolles-en-Mauges 1976, p. 55.

verso. La ascensión no significa que entre el cielo y la tierra haya una distancia. Al contrario. El Resucitado, convirtiéndose en el Señor del universo, está presente en todas partes. La exaltación significa su omnipresencia (cfr. Mt 28,20). La despedida de sus discípulos (cfr. Lc 24,50-51) significa que ha terminado una forma de relaciones y que se espera su regreso.

La ascensión es la interpretación del misterio pascual mediante un lenguaje en el cual la categoría dominante es la «elevación». Ella introduce un elemento de esperanza y espera hasta que la muerte —«el último enemigo» (1 Co 15,26)— quede vencida definitivamente. Su garantía es la resurrección, señal de la fidelidad de Dios a la promesa dada. Ella es precisamente la que abre los tiempos de la promesa y la esperanza. Metafóricamente habla de eso la misma ausencia del Resucitado: «Y después de irme y de prepararles un lugar, vendré otra vez para llevarlos conmigo, para que estéis en el mismo lugar en donde yo voy a estar. Sabéis el camino que lleva a donde yo voy» (Jn 14,2-3). Precisamente San Juan une la realización de esa promesa escatológica con la presencia y la acción del Espíritu Santo: «Y yo le pediré al Padre que mande a otro Defensor, el Espíritu de la Verdad para que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16).

2. EL ESPÍRITU DE LA RESURRECCIÓN

La unión del Espíritu Santo con el misterio pascual es un elemento básico de la teología pascual. El vencimiento de la muerte en el cuerpo humano de Jesús manifiesta un dinamismo y una energía inconcebible de Dios. Aquellos actúan ahí donde ya no alcanza el poder del espíritu humano y donde resultan impotentes los alcances del hombre.

La resurrección de Jesús manifiesta el poderío y la fortaleza del Espíritu Santo «Señor y Animador». Se convierte en «locus theologicus» de la fuerza divina del Espíritu, que vence el dominio de la muerte. «Hay una sola fuerza de la vida, el poder vencedor de la resurrección: el Espíritu Santo»⁴. La resurrección, en su carácter de un nuevo acto creador del Padre, se produjo con la fuerza del Espíritu Santo. Esta fuerza será, desde entonces, en el mundo un nuevo principio de la vida.

El Espíritu Santo es el Espíritu de la resurrección de Cristo. Mediante la resurrección manifiesta su presencia y su actuación en el mundo y de esta forma revela su identidad. Es una identidad que re-

4. Cfr. S. BULGAKOW, *Le Paraclet*, Paris 1949, p. 244.

sulta de Su función en la resurrección que se produjo en lo humano de Jesús, cuya plenitud será la expectativa de la resurrección de la humanidad y la transformación del cosmos. La venida del Espíritu está encaminada al cumplimiento final, al igual como la ascensión es la promesa del regreso de Cristo. La profecía de Joel aplicada en Pentecostés, tiene carácter escatológico (cfr. Act 2.17-21). Pentecostés, igual que la resurrección, es acontecimiento de los «últimos días», la premisa del cumplimiento de la historia por el Espíritu Santo. Preguntado por los apóstoles sobre el tiempo del «restablecimiento de su reino», el Cristo Resucitado sólo da una respuesta indirecta, señalando la venida del Espíritu Santo (cfr. Act 1,6-8).

La fortaleza y la acción del Espíritu son el principio del cumplimiento escatológico de la historia encaminada hacia el Pentecostés final. A pesar del triunfo sobre la muerte, el tiempo de la Iglesia está marcado por la kenosis terrena del Espíritu Santo. La Revelación muestra no sólo «pharenosis tou Pneumatos», sino también «kenosis tou Pneumatos»⁵. Pentecostés continúa, el Espíritu de resurrección quedó otorgado y está presente en su historia. Es el Pentecostés iniciado, pero no cumplido, encaminado a la plenitud escatológica.

La descripción por Lucas de la venida del Espíritu Santo responde al deseo de que el conocimiento de la actividad del Espíritu Santo tenga «un centro de culto que se pueda determinar en el tiempo»⁶. Su presencia se va a demostrar, desde entonces, en la vida de la comunidad de los fieles: en su fe, en su preocupación por los que están en necesidad, en la oración (cfr. Act. 4,31), en dar testimonio de Cristo (cfr. Act 4,8-11,24; 13,9), en sufrir en Su nombre (cfr. Act 6.5.10; 7,51.55) como así también en los acontecimientos que sobrepasan los límites de las posibilidades humanas (cfr. Act 8,15-19.29.39; 9,17,31; 10,44-47; 19,2-6).

Como Jesús fue «ungido con el Espíritu Santo y la fuerza» (Act. 10.38), así los que creían en él, debían ser «bautizados con el Espíritu Santo» (Act. 1,5; 11, 16). De Él viene toda inspiración (cfr. Act 8,29; 11,12; 13,2; 16,6-7; 19,28; 21,4). Su actuación mantiene la Iglesia en el camino de la verdad (cfr. Act 15,8,28) y en el comportamiento conforme con el espíritu del evangelio de Cristo.

Los motivos pedagógicos y de culto inclinaron a Lucas a extender en el tiempo los acontecimientos pascales, los cuales, al juicio de San Juan, constituyen un solo misterio. El mismo Lucas dice, sin embar-

5. Cfr. ID., pp. 211, 245, 262-265, 268, 271-272, 333-337.

6. H. URS VON BALTHASAR, *Mysterium Paschale*, en *Mysterium Salutis, Grudriss heilsgeschichtlicher Dogmatik*, vol. III/2. ed. J. FEINER-M. LÖHRER, Einsiedeln 1968, p. 277.

go, que Jesús no debía esperar hasta el momento de su ascensión para que se cumpliera la «promesa del Espíritu Santo». La recibió ya en el momento de la glorificación: «elevado a la derecha de Dios, obtuvo del Padre la promesa del Espíritu Santo, y Lo mandó» (Act 2,33). Lucas concibe esta venida como el cumplimiento de la promesa que Jesús había dado a sus discípulos: «Les mandaré la promesa de mi Padre» (Lc 2,24-49). Este cumplimiento es la realización de la profecía de Joel del escatológico «derramamiento del Espíritu sobre toda carne» (Act 2,17). En realidad, Lucas quiere subrayar que se puede obtener el Espíritu Santo únicamente mediante Jesús glorificado. Sólo merced a él la Iglesia puede llegar a ser el tiempo del Espíritu Santo⁷.

Ocupándose de problemas de cronología, ligados con la relación que existe entre la resurrección de Cristo y el Espíritu Santo, es fácil perder la conciencia de la unidad del misterio pascual. Contrariamente a Lucas, San Pablo no manifiesta ni el menor interés por la cuestión de la cronología. La resurrección de Cristo se asocia, a su juicio, con la presencia y la acción del Espíritu Santo⁸. El Padre resucitó al Hijo a través de su Espíritu (cfr. Rom 8,11).

La resurrección es una realidad inseparable de la acción del Espíritu hasta un tal punto, que el Cristo Resucitado llega a ser «pneuma zoon-pion» (1 Co 15,45). Resucita en «soma pneumaticon» (1 Co 15,44). Toda la realidad de la resurrección se identifica con la realidad del Espíritu: «El Señor es el Espíritu» (2 Co 3,17). El Espíritu Santo es ahí una realidad, dentro de la cual Cristo está introducido por su resurrección: «según el Espíritu de la santidad, resucitando se mostró Hijo de Dios en poder» (Rom 1,4). Más todavía, «fue justificado en el Espíritu» (1Tm 3,16) en toda su existencia, también después de su resurrección.

El texto enigmático de San Pedro dice que Jesús «muerto en la carne» llegó a ser «zoopoiethis de pneumatí» (1 Pe 3,18)⁹. Desde entonces, quien quiere vivir «en Cristo» debe vivir al mismo tiempo «en Pneumatí», y eso significa «según las exigencias» del Espíritu (cfr. Ga 5,16.22.25; 6,1; Rom 8,2.4-5.9.11.14).

En este lugar valdría la pena evocar el paralelismo entre la encarnación y la resurrección. La descripción de la anunciación por Lucas (cfr.

7. Cfr. M. RAMSEY, *Holy Spirit. A Biblical Study*, London 1977, pp. 33-44; J. MOLT-MANN, *Kirche in der Kraft des Geistes*, München 1975, pp. 49-53; J.A. REIG PLA, *Año del Espíritu Santo, o.c.*, p. 61.

8. Cfr. RAMSEY, *Holy Spirit, o.c.*, pp. 57-73; S. KIM, *The Origen of Paul's Gospel*, Tübingen 1948, pp. 227-232; A. SEGAL, *Paul The Convert*, New Haven 1990, pp. 153-158.

9. Cfr. H. LANGKAMMER, *Hymny chrystologiczne Nowego Testamentu. Najstarszy obraz Chrystusa (Himnos cristológicos del Nuevo Testamento. La más antigua imagen de Cristo)*, Katowice 1976, p. 173.

Lc 1,35) y por Pablo (cfr. Rom 1,3-4) están penetrados por la misma trama. Entre la consagración de lo humano de Cristo en el momento de la encarnación y la resurrección existe una continuidad: el acto de glorificación que hace el Padre en la resurrección por intermedio del Espíritu (cfr. Rom 8,11) es la santidad, la que el Espíritu Santo dona a Jesús en su encarnación.

En lo humano de Jesús de Nazaret debió producirse una transformación divina para que el cuerpo glorificado pudiera convertirse en la fuente del Espíritu Santo. Solo entonces, cuando por fuerza del Espíritu Santo fue transformada su «sax» semejante a la del pecado (cfr. Rom 8,3) en un cuerpo loable, —también como hombre que a la vez es Dios— Cristo pudo mandar al Espíritu Santo. Por eso en vísperas de su martirio pidió la glorificación del Padre (cfr. Jn 17,1). Llegó a ser donador del Espíritu Santo justo cuando su cualidad de hijo de Dios (cfr. Rom 1,4) se realizó en lo humano de Cristo.

Este es el término del misterio de la encarnación que se cumplió en Cristo cuando, en su cuerpo, se convirtió en una fuente del Espíritu Santo y lo concedió a sus apóstoles el mismo día de su resurrección¹⁰. Por eso, precisamente, la venida del Espíritu Santo es una realidad pascual que comienza con el paso de Jesús de la muerte a la vida. Es él el donador del Espíritu Santo, merced a que también en su forma humana fue constituido Señor.

La resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo se unen en el cuarto Evangelio. El Resucitado concede el Espíritu ya en el día de su resurrección (cfr. Jn 20,22). Este motivo, precisamente, fue llamado «el Pentecostés de Juan» por el exegeta ortodoxo Obispo Casian (Bezobrazow)¹¹. La manifestación simbólica de la concesión del Espíritu Santo por el Resucitado es «el aliento» (Jn 20,22) que hace recordar a Dios en el momento de la creación del hombre (cfr. Gn 2,7; Sbd 15,11).

Conforme con la tradición de Juan, el Logos Divino, el Creador y el Renovador (cfr. Ez 37,3-5.9; Jn 3,5) inicia el «primer día de la semana»: el tiempo del Espíritu Santo. De esa forma, el papel salvador de Jesús ha sido cumplido hasta el final. No es por casualidad que Juan subraya: Dios «concede el Espíritu de la abundancia sin medida» a Quien ha mandado (Jn 3,34). Como de una verdadera roca en el de-

10. Cfr. F.X. DURRWELL, *La Résurrection de Jésus mystère de salut*, Paris 1963, pp. 118, 125-126; J. DIJKMANN, *Christus, Offenbarung des Dreieinigen Gottes*, Freiburg i. Br. 1957, pp. 105, 110-112; BULGAKOW, *Le Paraclet, o.c.*, pp. 236-248.

11. *La Pentecôte Johannique (Jo 20,19-23)*, Valence-sur-Rhône 1939, pp. 92-116; cfr. RAMSEY, *Holy Spirit, o.c.*, pp. 89-110; O. CLÉMENT, *Le Christ, terre des vivants*, Bégrolles-en-Mauges 1976, pp. 25-26; REIG PLA, *Año del Espíritu Santo, o.c.*, p. 61.

sierto (cfr. Ex 17,6) «los ríos de agua viva brotan de su seno» (Jn 7,38). El sentido de esta frase se hace comprensible cuando se tiene presente que el Espíritu Santo está denominado con términos tales como «el aliento», «el agua» (cfr. Jn 7,10-15; Apoc 21,6) y «el fuego» (cfr. Lc 3,16).

«La efusión» del Espíritu tendrá lugar después de la glorificación de Cristo. Antes de la glorificación existe sólo la promesa: «con esto Jesús quería decir que los que creyeran en él recibirán el Espíritu; y es que el Espíritu todavía no había venido, porque Jesús aún no había sido glorificado» (Jn 7,39; cfr. Jn 4,10-15). Por supuesto que «había» Espíritu antes de la glorificación de Jesús, pero no actuaba de la misma manera que después de su muerte. El martirio tuvo que ser ese «golpe» que abrió el interior «de la piedra espiritual y tal piedra fue Cristo» (cfr. 1 Cor 10,4).

En la reflexión sobre la pasión de Cristo se puede percibir igualmente el sentido pneumatológico en las palabras «paredoken to pneuma» sobre la cruz (cfr. Jn 19,30). Es, sin embargo, la misma «pneuma aionion» por el cual Cristo se ofreció a Dios (cfr. He 9,14). Resucitando a Cristo, Dios le otorga su «espíritu» que se identifica con el Espíritu Divino, Espíritu de fuerza y gloria («doxa», «dinamis»). Desde entonces, la actividad del Espíritu Santo en la Iglesia constituirá la confirmación de la resurrección de Jesús y su entrada —en su condición humana— en la esfera del Espíritu, de la Fuerza y de la Gloria Divina.

Juan nos manifiesta que Jesús tuvo que marcharse, para que pudiese venir el Espíritu Santo (cfr. Jn 16,7). La resurrección de Cristo es un acontecimiento cristológico y, al mismo tiempo, es una epiclesis del Espíritu Santo. El Cristo Resucitado «pedirá al Padre», «allos Parakletos», «Espíritu de la Verdad», el cual se quedaría para siempre (cfr. Jn 14,16). En respuesta a esta «petición» del Primer Intercesor (cfr. Jn 2,1) que es Cristo, el Padre le concede el Espíritu Santo, e introduce la Iglesia en la esfera del eterno Pentecostés. El adorado «Kyrios», a quien ha sido dada la potencia sobre la tierra y el cielo (cfr. Mt 28,18), puede mandar al Espíritu del Padre (cfr. Jn 15,26; 16,7). Más a menudo se repite, sin embargo, la promesa de Cristo de que su Padre mandará al Espíritu «en su nombre», para que «enseñara y recordara» (Jn 14,26) todo lo que era el contenido de su vida y profecía¹².

En la teología de Juan, el Espíritu Santo es en primer lugar un «Espíritu de la Verdad» (Jn 14,17; 15,2; 16,13). Él tiene que conducir a los fieles «hacia toda la verdad». «Porque él no hablará en su nombre, sino que hablará de lo que oye y les hará a saber las cosas que van a su-

12. Cfr. *Catec. Igl. Católica*, 244, 683.

ceder» (Jn 16,13). Su tarea es, sin embargo, no solamente «recordar todo» lo que dijo Cristo, sino también «lo que es el pecado, la justicia y el juicio de Dios» (Jn 16,8) y «mostrar cosas futuras».

La teología del «toda la verdad» de Juan, en relación con el misterio de la Pascua y la venida del Espíritu Santo, es la tarea permanente de la Iglesia. Una mayor sensibilidad a la presencia y actuación del Espíritu Santo en el mundo y en la Iglesia, debe ayudar a la realización de esa tarea¹³. La experiencia cristiana de Jesús y del Espíritu Santo son inseparables: «recibirá de lo que es mío y os lo dará a conocer» (Jn 16,14).

Durante su vida terrestre Cristo fue accesible a la percepción de los sentidos humanos. Estuvo, pues, en cierta medida «ante» sus discípulos. La venida del Espíritu Santo y su actividad entre los creyentes hizo que la presencia de Cristo sea, desde entonces, para ellos una presencia interna. La venida del Espíritu es pues un regreso misterioso del Cristo glorificado. Es, desde entonces, una fuerza ya no «ante» los hombres, sino dentro de ellos: «En aquel día os daréis cuenta de que yo estoy en mi Padre y vosotros estáis en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20). No sin motivos se puede suponer que «aquel día» es el día de la venida del Espíritu Santo. Para San Juan es, al mismo tiempo, el día de la resurrección y del regreso de Cristo a su Padre (cfr. Jn 20,20), el día en el cual el don del Espíritu se hizo propiedad de los discípulos. Solo merced al Espíritu Santo podemos reconocer la presencia de Cristo Resucitado (cfr. 1 Co 12,3).

3. EL MISTERIO DE PENTECOSTÉS

La teología del misterio pascual es una teología de «toda la verdad». Su personificación es el mismo Cristo y el Espíritu Santo, el «Espíritu de la Verdad». Es una verdad sobre Dios, sobre el mundo y sobre el destino humano. Tiene una fuerza libertadora, ya que viene de Dios y es Dios mismo: «conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,32). La verdad frente a la cual no se puede quedar indiferente, ya que «llama por el nombre» (Jn 10,3). La teología de «toda la verdad» tiene carácter trinitario. El misterio de Cristo es inseparable del misterio de Espíritu Santo.

En consecuencia, no se puede separar la Pascua de Pentecostés. El Hijo de Dios y el Espíritu Santo son inseparables, tanto en la vida de

13. Cfr. JUAN PABLO II, *List aposolski Tertio Millennio Adveniente (La Carta Apostólica «Tertio Millenio Adveniente»)*, Città del Vaticano 1994, n.º 47; W. HRYNIEWICZ, *Prawosławie a ruch charyzmatyczny (Ortodoxia y el movimiento carismático)*, «Wież» 19 (1976) 3, 59-67.

Dios como en su actuación salvadora en el mundo. Ireneo habló del Hijo y del Espíritu como las «dos manos del Padre». Inseparablemente unidos, quedan distinguidos como personas divinas diferentes. El envío del Espíritu no constituye una prolongación de la función del Hijo. Es «otro Paráclito» (Jn 14,16), al cual desde entonces invocarán los fieles, la Iglesia y la humanidad para que viniera y «renovara la faz de la tierra». Se puede hablar así de la economía del Hijo y de la del Espíritu Santo, que juntas constituyen la economía de salvación¹⁴.

La relación entre las personas de la Santa Trinidad se apoya en la diversidad, la reciprocidad, en la manifestación mutua y la vida común en el «archo», que es el Padre. La ley suprema en la economía de salvación es la misión del Hijo y del Espíritu Santo¹⁵. La venida del Espíritu no es, pues, únicamente la consecuencia y la prolongación de la encarnación. Ella posee su propio valor, como el acto segundo del Padre que envió al mundo primero a su Hijo y después al Espíritu Santo. La venida del Espíritu Santo es el objetivo definitivo y el término de la economía trinitaria de la salvación.

Se puede llamar a Cristo «el gran Predecesor del Espíritu Santo»¹⁶. Muy significativas son las palabras de Atanasio: «La Palabra se hizo carne para que podamos recibir el Espíritu Santo». Dios se convirtió en «sarkophóros» para que el hombre pudiera ser «pneumatophóros». Simeón, el Nuevo Teólogo, indica que el objetivo y destino de la obra de salvación por Cristo era la recepción del Espíritu Santo por los fieles. Este mismo contenido expresa asimismo N. Cabasilas: «¿Cuál es el efecto y resultado de los hechos de Cristo? (...) No es otra cosa que la venida del Espíritu Santo a la Iglesia»¹⁷.

Si la muerte y la resurrección de Cristo son elementos del mismo acontecimiento pascual, la venida del Espíritu Santo pertenece, asimismo, a ese misterio. No se lo puede considerar solo como una consecuencia de la obra salvadora de Cristo. Como la resurrección no fue solamente un complemento de la muerte de Cristo, sino la demostración de lo que significaba en realidad, asimismo la venida del Espíritu Santo no se une solo exteriormente con la muerte y la resurrección. Más bien hay que decir que muestra lo que fue y a dónde tendía su transición de la muerte a la vida.

14. Cfr. V. LOSSKY, *Théologie mystique de l'Eglise d'Orient*, Paris 1944, pp. 131-169.

15. Cfr. P. EVDOKIMOV, *L'Esprit Saint dans la tradition orthodoxe*, Paris 1969, pp. 41-42, 70-71; BULGAKOW, *Le Paraclet, o.c.*, pp. 236-248; E.P. SIMAN, *L'expérience de l'Esprit par l'Eglise d'après la tradition syrienne d'Antioche*, Paris 1971, pp. 193-197.

16. EVDOKIMOV, *L'Esprit Saint, o.c.*, p. 89. Cfr. P. EVDOKIMOV, *L'Art de l'icône. La théologie de la beauté*, Paris 1970, p. 248.

17. Cfr. EVDOKIMOV, *L'Esprit Saint, o.c.*, p. 89.

La venida del Espíritu Santo hace que la muerte y la resurrección duren toda la eternidad como realidad de salvación; ella es el acto de Dios que sitúa el misterio pascual al nivel del «ahora» eterno. Desde entonces, el Espíritu Santo va a realizar en los hombres lo que una vez para siempre, prototípicamente, hizo Cristo en el misterio de la Pascua (cfr. Jn 16,14).

Todo lo que hace el Espíritu Santo se relaciona con el misterio de la expiación de Cristo. La resurrección exige, por su naturaleza, la venida del Espíritu Santo. Esta última se relaciona con la historia de la salvación no como momento nuevo, sino como aspecto inseparable de la muerte y de la resurrección. El misterio pascual es simultáneamente el principio de la economía del Espíritu Santo y esta, por su parte, es la causa de la eterna actualidad de la muerte y la resurrección de Cristo¹⁸.

La mirada general a la Pascua y a la venida del Espíritu, no debe rebajar la convicción del lugar central de la redención de Cristo. Hay que evitar contraposiciones. Solo entonces se puede hablar del encaminamiento de la «economía de Cristo» a la «economía del Espíritu Santo». La verdad definitiva sobre Dios y sobre el destino humano, la revela tan solo el misterio pascual, junto con el de la venida del Espíritu. «Verbum est totum». Es una mirada integral que abarca toda la obra divina en el mundo y en la humanidad.

Pentecostés otorga una nueva dimensión a la existencia humana. Desde entonces los pecadores pueden purgar los pecados y tender a lo sagrado: «Venga tu Espíritu Santo y nos purifique». Da pena que la versión de las palabras: «Que venga tu reino» (Lc 11,2) quedó olvidada por la Iglesia. En tiempos aparecía en la liturgia del bautismo (Gregorio de Nisa, Máximo el Confesor). Es de conformidad con la sensibilidad de San Lucas a la presencia del Espíritu Santo en Cristo y en la Iglesia. Solamente Lucas concedió de manera decidida el carácter pneumatológico a las palabras de Cristo: «con más fuerza concederá el Padre del Cielo el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan» (Lc 11,13; cfr. Mt 7,11), «dará cosas buenas a los que lo pidan».

Desde el momento de la venida del Espíritu, se les ofreció a los hombres una nueva cualidad de vida, que expresan simbólicamente las lenguas de fuego (cfr. Act 2,3). Es la vida que pertenece ya «al reino de Dios», cuya llegada y cumplimiento ruegan los cristianos. Después de la resurrección de Cristo, la función del Espíritu Santo penetra y aviva a todos los seres, creando en ellos el inicio de la transformación escato-

18. Cfr. E. SCHILLEBEECKX, *Jesus. Die Geschichte von einem Lebenden*, Freiburg i. Br. 1975, pp. 472-481; DURWELL, *La Résurrection, o.c.*, pp. 106-135; E. SCHILLEBEECKX, *Chrystus, sakrament spotkania z Bogiem (Cristo, el sacramento del encuentro con Dios)*, Kraków 1966, pp. 45-48, 57-60.

lógica del mundo. «Venga tu reino. El reino de Dios es el Espíritu Santo. Roguemos al Padre que nos lo envíe» (Evagrius Póntico)¹⁹. Se puede decir, pues, que la búsqueda del reino de Dios (cfr. Lc 12,31) es equivalente a la búsqueda de la transformación que causa el Espíritu Santo. El mismo es «la absolución de todos los pecados»²⁰.

La venida del Espíritu Santo al mundo de los hombres es venida personal, aunque no apareció como tal²¹. La persona del Espíritu sigue siendo invisible e imposible de conocer, prolongando de esa manera el estado kenótico de su presencia en el mundo. A pesar de eso, la venida del Espíritu trae a la historia de la humanidad una novedad, análoga a la encarnación del Hijo de Dios. Convirtiéndose en hombre, el Hijo de Dios asumió en sí la historia del hombre. En un sentido parecido también el Espíritu Santo entró como persona en el tiempo y en la historia de la humanidad «eis ton aióna» (Jn 14,16). Desde el momento de la exaltación de Jesús ya es «el tiempo del Espíritu Santo»²².

La venida del Espíritu es una manera desconocida de su intervención en la historia de la salvación, ya no sólo mediante la acción y los dones, sino por su presencia personal entre los hombres. El Espíritu Santo liberará a los hombres del mal, los purificará y devolverá la libertad de los hijos de Dios. Esta actuación se compara con la del poder transformador del fuego que purifica, aviva y abre el camino al mundo de Dios²³.

El Nuevo Testamento subraya la novedad del misterio de Pentecostés. La venida del Espíritu Santo da inicio a la Nueva Alianza y al pueblo nuevo, en el que El hace presente el misterio de Cristo Resucitado. La nueva humanidad puede, sin embargo, surgir sólo merced a la reunificación en el Espíritu Santo. Lo que ocurrió gracias a su venida es lo inverso a la descripción de la Torre de Babel (cfr. Gn 11,1-9). La venida del Espíritu Santo pone fin a las divisiones y a la dispersión,

19. Cfr. I. HAUSSER, *Les leçons d'un contemplatif. Le traité de l'oraison d'Evagre de Pontique*. Paris 1960, p. 83; W. HRYNIEWICZ, *Człowiek w mocy Ducha Świętego. Zarys pneumatologii Ojców wschodnich (El hombre en el poder del Espíritu Santo. Compendio de pneumatología de los Padres orientales)*, «Znak» 29 (1977) 775-793.

20. *Misal romano*, Oración después de la comunión, el martes después de la Venida del Espíritu Santo.

21. Cfr. BULGAKOW, *Le Paraclét, o.c.*, pp. 220-224, 235-240, 256, 261; SIMAN, *L'expérience, o.c.*, pp. 40-44; P. FLORENSKI, *La collone et le fondement de la Vérité*, Lausanne 1975, p. 95.

22. Cfr. H. MÜHLEN, *Das Christusereignis als Tat des Heiligen Geistes*, en *Mysterium Salutis. Grudriss heilsgeschichtlicher Dogmatik*, III/2, o.c., pp. 530-532.

23. Cfr. C.E. GRANFIELD, *The Epistle to the Romans*, 2, Edinburgh 1979, pp. 603-608; G.D. FE, *God's Empowering Presence. The Holy Spirit in the Letters of Paul*, Peabody 1994, pp. 598-602; SIMAN, *L'expérience, o.c.*, pp. 185-189; R. BIERNINNGER-J. LAMBRECHT, *Studies on 2 Corinthians*, Leuven 1994, pp. 303-307.

a la mezcla de idiomas y a la servidumbre al mal. El don de lenguas ya no separa a los hombres, sino que facilita su entendimiento y reconciliación, lo que significa el principio de la unidad entre las diferentes razas y naciones (cfr. Act 2,4-12).

El don de lenguas significa a la vez un mensaje para el mundo de la novedad de que en Cristo y en Espíritu Santo el Padre reconcilió a todos entre sí (cfr. 2 Co 5,19), y que desea construir una unidad entre todos los que creen en el mismo Dios. El Espíritu Santo va a unir a los pueblos en la comunidad de la Iglesia. La visión de la Torre de Babel, símbolo de la impiedad, anarquía y división, cede el lugar a la unidad nueva, creada por el Espíritu. Esta unidad se produce merced a la cooperación de los hombres, mediante el encuentro de los fieles con el Resucitado y mediante la apertura a su misterio pascual.

El hombre sigue manteniendo su libertad; puede no aceptar la vida nueva que le ofrece el Espíritu Santo, puede negarse al encuentro con Cristo. El pueblo elegido no recibió al Mesías. El Espíritu Santo se dirige a la gente de buena voluntad y con ellos construye la Iglesia. La Alianza Antigua tiene que ceder lugar a la Alianza Nueva y Eterna concertada sin miedo y angustia²⁴. La Alianza Antigua concluida en Sinaí, era una alianza entre Dios y su pueblo, entre el Invisible y el hombre que escucha su voz en la oscuridad, con temor y temblor (cfr. Ex 19,16). La Alianza Nueva se efectúa por una elección voluntaria y consciente, en la libertad de los hijos de Dios que se rigen por el Espíritu de la Libertad (cfr. 2 Co 3,17)²⁵.

Celebrando Pentecostés, el cristiano no sólo recuerda los acontecimientos del pasado, sino que también celebra su presencia como un momento en el cual la Iglesia renueva su comunión con el Espíritu Santo²⁶. El Espíritu viene hoy al mundo para crear en él una humanidad que se distinga por un estilo de vida nuevo. «El Eterno Habitante» es una fuente de la fraternidad, libertad y unidad en la diversidad de servicios y dones (cfr. 1 Co 12). La venida del Espíritu Santo mediante el Resucitado, es un testimonio de que el cristianismo es una religión de «Alianza Nueva», que es la «alianza del Espíritu» (2 Co 3,6).

Dios concede el Espíritu Santo como un primer don y anticipo (cfr. 2, Co 5,5) y a la vez como una promesa de un don mayor. La Ve-

24. Cfr. J. REIG PLA, *Año del Espíritu Santo*, o.c., pp. 61-62; E. SCHILLEBEECKX, *Christus, sacrament*, o.c., p. 59.

25. Cfr. H. PAPROCKI, *Szkice z pneumatologii prawosławnej (Esbozos de pneumatología ortodoxa)*, «Novum» 19 (1978) 1, 76-95.

26. Y. CONGAR, *Je crois en l'Esprit Saint*, vol. 1, Paris 1979, pp. 69-74, vol. 2, pp. 99-107; B. CABIÉ, *La Pentecôte. L'évolution de la Cinquantaine Pascale au cours des cinq premiers siècles*, Tournai 1965, pp. 15-31, 35-42; SIMAN, *L'expérience*, o.c., pp. 37-68; P. MATTA-EL-MESKIN, *La Pentecôte*, «Irénikon» 50 (1977) 5-45.

nida del Espíritu recuerda que Dios es don para el hombre. El don del Espíritu llena la ausencia visible del Resucitado y a la vez recuerda su presencia invisible y su actuación. La vida del cristiano, según Serafin de Sarovo, es una lucha penosa y eterna por «alcanzar el Espíritu Santo». Entendiendo la esencia de la vida cristiana de esta manera pneumatológica, él saludaba durante todo el año a los que iban a verle con las siguientes palabras: «¡Cristo resucitó!».

El Cristianismo no nace solamente de la misión del Hijo de Dios. Por su naturaleza está arraigado, desde los principios, en la misión del Espíritu Santo. Sin eso no sería un cristianismo pleno y verdadero. La Resurrección del Crucificado y la Venida personal del Espíritu Santo, inician el tiempo escatológico de la existencia de la Iglesia. La vida del Resucitado se hace parte de la vida del hombre, gracias a la actuación del Espíritu. Es él quien «ofrece a todos la posibilidad de acercarse, de manera conocida sólo por Dios, a la participación en el misterio pascual»²⁷. Esto se refiere a todo hombre de buena voluntad y no sólo a los cristianos. «Tal es y tan grande el misterio del hombre»²⁸. Los misterios de la vida de Cristo son ampliación y revelación en el tiempo de un misterio de salvación procedente del Padre, quien es amor: es el Dios que «ama a los hombres».

27. *Gaudium et spes*, 22.

28. *Gaudium et spes*, 22.